



SAN AGUSTÍN (354 – 430)

Agustín nació en Tagaste de Numidia el 13 de noviembre del año 354. Hijo de padre pagano y de madre cristiana, compartió la vida familiar con un hermano y una hermana. A muy temprana edad, dio muestras de una inteligencia viva, en medio de una sociedad que comenzaba a abrirse a la fe católica, tras el giro que dio el Emperador romano Constantino al hacerse cristiano (año 313). Le toca vivir precisamente en el declive de este imperio. Un chico normal, que gustaba mucho de jugar con sus amigos más que de asistir a la escuela. Así lo recuerda en su emblemático libro de las confesiones: “Con todo, pecábamos escribiendo, o leyendo, estudiando menos de lo que se exigía de nosotros. Y no era ello por falta de memoria o ingenio, que para aquella edad me los diste, Señor, bastantemente, sino porque me deleitaba el jugar, aunque no otras cosas hacían los que castigaban esto en nosotros. Pero los juegos de los mayores se cohonestaban con el nombre de negocios, en tanto que los de los niños eran castigados por los mayores, sin que nadie se compadeciese de los unos ni de los otros, o más bien de ambos”¹.

No podemos ignorar el papel de Santa Mónica, su madre. Le acompañó muy de cerca en los difíciles años de búsqueda y de retorno a Dios, como una sombra saludable, porque sabía bien que asistir insensible a los desvaríos de un hijo que parece no saber dónde hacer pie, es silencio culpable. Con elocuentes palabras habla así de su madre: “No callaré lo que mi alma me sugiera de aquella tu sierva que me parió en la carne para que naciera a la luz temporal y en su corazón a la eterna. No referiré yo sus dones, sino los tuyos en ella. Porque ni ella se hizo a sí misma ni a sí misma se había educado. Tú fuiste quien la creaste, pues ni su padre ni su madre sabían cómo saldría de ellos; la vara de tu Cristo, el régimen de tu Único fue quien la instruyó en tu temor en una casa creyente, miembro bueno de tu Iglesia”².

Prosiguió los estudios en Madaura, dedicado a la lectura de los libros clásicos griegos y latinos. Sus ojos se toparon con un clásico que abrió su mente y corazón a la verdad: El Hortensio de Cicerón. A partir de su lectura, emerge en él el deseo por adquirir la sabiduría y un tímido paso en su búsqueda de Dios. “Entre estos tales, estudiaba yo entonces, en tan flaca edad, los libros de la elocuencia, en la que deseaba sobresalir con el fin condenable y vano de satisfacer la vanidad humana. Mas, siguiendo el orden usado en la enseñanza de tales estudios, llegué a un libro de un tal Cicerón, cuyo lenguaje casi todos admiran, aunque no así su fondo. Este libro contiene una exhortación suya a la filosofía, y se llama el Hortensio. Semejante libro cambió mis afectos y mudó hacia ti, Señor, mis súplicas e hizo que mis votos y deseos fueran otros. De repente apareció a mis ojos vil toda esperanza vana, y con increíble ardor de mi corazón suspiraba por la inmortalidad de la sabiduría, y comencé a levantarme para volver a ti”³. Es aquí donde se manifestó en él una clara vocación intelectual. Con el título universitario en su haber, inició la experiencia de profesor en Tagaste y después en Cartago. De Cartago pasó a Roma donde ejerció la cátedra de retórica durante un año.

¹ Conf. I,9,15

² Conf. IX,8,7

³ Conf. III,4,7

Cerca de diez años duró su intensa búsqueda de la verdad y de Dios mismo. Probó en la secta de Manes saciar su sed de la verdad, pero al poco tiempo abandona el maniqueísmo desencantado de tanta charlatanería. Intentó leer las Sagradas Escrituras, pero su lenguaje y estilo distaba mucho de la elocuencia al que estaba acostumbrado Agustín. “En vista de ello decidí aplicar mi ánimo a las Santas Escrituras y ver qué tal eran. Mas he aquí que veo una cosa no hecha para los soberbios ni clara para los pequeños. Algo que de entrada es humilde, pero en su interior sublime y velada de misterios, y yo no era tal que pudiera entrar por ella o doblar la cerviz a su paso por mí. Sin embargo, al fijar la atención en ellas, no pensé entonces lo que ahora digo, sino simplemente me parecieron indignas de parangonarse con la majestad de los escritos de Tulio. Mi hinchazón recusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior. Con todo, las Escrituras eran tales que habían de crecer con los pequeños; mas yo me desdeñaba de ser pequeño e, hinchado de soberbia, me creía grande”⁴.

En este difícil trance de su vida, Dios puso las personas indicadas que lo acompañaran en su crisis de fe. Junto a los consejos de su madre, destacamos la figura de San Ambrosio, Obispo de Milán, cuyas homilias escuchaba el joven buscador con atención y avidez. También jugó un papel importante su catequista Simpliciano, hombre de probada virtud, que lo fue guiando hasta el encuentro con Cristo. El encuentro con la Verdad, que es Dios mismo, llenó de luz el corazón sombrío de Agustín: “¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz”⁵. Recibió el Bautismo en la pascua del 24 al 25 de abril del año 387.

Se traslada a Tagaste para vivir una vida de oración, ascesis, trabajos del campo y estudio de la Sagrada escritura. Con la llegada del Emperador Constantino, desaparece la persecución cruenta a los cristianos y surge la vida eremítica; serán los comienzos de la vida religiosa en la Iglesia. Pero no es del talante psicológico y espiritual de Agustín vivir como eremita en la soledad de una cueva. Necesita de hermanos, de amigos, para compartir sus inquietudes y descubrimientos. En sus Confesiones, nos cuenta de este talante comunitario que le fascinaba: “Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era el conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado, leer en común libros amenos, bromear unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones esporádicas condimentar las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con pena y acoger con alegría a los que llegaban. Con estos signos y otros semejantes, que proceden del corazón de los amantes y amados, y que se manifiestan con la boca, la lengua, los ojos y mil otros movimientos gratuitos, se derretían, como con otros tantos incentivos, nuestras almas y de muchas se hacía una sola”⁶.

⁴ Conf. III,5,9

⁵ Conf. X,27,38

⁶ Conf. IV,8,13

Fue ordenado sacerdote en Hipona el año 391 y, cuatro años más tarde, consagrado obispo coadjutor de Valerio. En el año 397, asume la diócesis de Hipona y comenzó a participar en distintos Concilios y Sínodos de la Iglesia de África. Muere en Hipona el 28 de agosto del año 430, después de haber fundado monasterios, predicado con ardor la Palabra de Salvación y escrito un número importante de libros que son todavía hoy fuente nutricia para el pensamiento cristiano. Tal vez el resumen de su experiencia de Dios lo encontramos en el siguiente texto: “¡Oh eterna Verdad, y verdadera Caridad, y amada Eternidad! Tú eres mi Dios; por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver. Y reverberaste la debilidad de mi vista, dirigiendo tus rayos con fuerza sobre mí; y me estremecí de amor y de horror. Y advertí que me hallaba lejos de ti en la región de la semejanza, como si oyera tu voz de lo alto: Manjar soy de grandes: crece y me comerás. Ni tú me mudarás en ti como al manjar de tu carne, sino tú te mudarás en mí”⁷.

El pensamiento y la espiritualidad de este gran santo de la Iglesia sigue marcando el itinerario espiritual de no pocos creyentes. El Papa emérito Benedicto XVI ha contado a la Iglesia la importancia que tiene en su vida el santo Obispo de Hipona: “Agustín me ha acompañado durante más de veinte años. He desarrollado mi teología dialogando con Agustín, aunque naturalmente he intentado sostener un diálogo como un hombre de hoy”⁸. Al mirar esta figura eminente de la Iglesia, surge, en el corazón del Papa Emérito, una pregunta: “¿Qué es lo que San Agustín puede decir al hombre de hoy? Se podría contestar con estas palabras de una carta escrita después de su conversión: me parece que se debe llevar a los hombres a la esperanza de encontrar la verdad; esa verdad que es Cristo mismo”⁹.

⁷ Conf. VII,10,16

⁸ JOSEPH RATZINGER. Mi vida. Madrid, Ed. Encuentro, 1997, 56/ La sal de la tierra. Madrid, Ed. Palabra, 1997, 67.

⁹ BENEDICTO XVI. Audiencia general 30 de enero de 2008